



PEPITA JIMÉNEZ CARRERAS
DETRÁS DE LAS COLINAS

LA NARANJA

Hacía mucho frío la mañana de Reyes. Me levanté de un salto para ver qué habían dejado los Reyes Magos en mis chanclos. Los chanclos eran unas botas hechas de piel de oveja y suelo de madera que se hacían en casa. Mi tío era un experto en la confección de chanclos. En invierno todos los llevábamos con unos gruesos calcetines de lana, lana hilada y tejida a mano por mi tía. En los extremos de la suela de los chanclos había unos remates curvos, de hierro, que al andar producían un sonido peculiar; la mezcla de la madera y el metal sobre el suelo de barro o piedra producían unos acordes característicos y reveladores del poseedor del calzado. Al saltar de la cama mis ojos tropezaron con una naranja ¡una naranja! Una gran naranja ocupaba la entrada de uno de los chanclos, en el otro había unas monedas desparramadas de cinco y diez céntimos ¡aquellos chanclos estaban llenos de sorpresas! Qué maravilloso regalo el de los Reyes Magos. Aquella naranja llegaba a mis ojos como un fruto enorme, redondo y jugoso, nunca visto. La naranja duró poco y las perras, las perras gordas y las perras chicas o céntimos se quedaron en el puesto de Jacobo a cambio de caramelos.

Jacobo tenía la casa en la carretera y todos los que tenían la casa a ambos lados de la carretera eran unos privilegiados. Jacobo tenía la tienda y la casa al lado de la carretera. La tienda era pequeña. El mostrador dividía la habitación en dos partes: la parte que daba a la entrada donde tenía bidones, cuerdas, cajas, herramientas de labranza y alguna cosa más. Al otro lado del mostrador había unas estanterías de color indefinido repletas de cosas, de

cosas muy diversas: bacalao, legumbres, sal, pimentón, latas de sardinas, cajas de madera con sardinas arenques y un recipiente cónico de metal con una pequeña espita, también de madera, donde guardaba el aceite.

Jacobo era delgado y nervioso, llevaba unas gruesas gafas que no dejaban ver los ojos y que, no sé por qué, al hablar siempre arrugaba la nariz y, claro, esto me producía cierta risa que yo contenía como podía pero que al llegar a casa, mi tío, sabiendo de donde venía, me preguntaba: -“¿Qué quieres, hija, qué quieres?”- y arrugaba la nariz, entonces la risa salía abierta y ruidosa y los dos reíamos y reíamos hasta que una voz, desde la cocina, nos reprendía – ¡Pero estos dos que siempre se están riendo del pobre Jacobo, qué bobicos son, Dios mío! – Y como movidos por un hilo invisible dejábamos de reír ruidosamente para seguir haciéndolo con gestos que imitaban los gestos de Jacobo.

La mujer de Jacobo no era nerviosa ni delgada, pero también tenía unas gruesas gafas que impedían verle los ojos. Era lenta al andar y al hablar y, según decían, andaba siempre malucha. Jacobo tenía la piel morena y su mujer tenía la cara muy blanca; las mujeres que tenían la piel de la cara blanca daban un cierto aire de distinción y por eso las mozas intentaban conseguirlo tapándose la cara con un pañuelo grande y blanco que les cubría también el pelo y sólo dejaban los ojos al descubierto cuando iban al campo o salían de casa; esto sucedía en el verano aunque la salida fuese a pocos metros de su casa, pero la cara blanca de la mujer de Jacobo no era blanca porque no salía de casa o porque no hacía las faenas del campo, no; la cara de la mujer de Jacobo era diferente a las caras de la mujer del médico, de la maestra, de la mujer del maestro y hasta de la mujer y de la cuñada del Secretario del Ayuntamiento; esas caras tenían un blanco diferente, lo decían mi tía y la tía Tecla y la tía Catalina cuando se juntaban en la puerta y susurraban y susurraban, porque las mujeres hablaban muy bajo cuando lo hacían entre ellas y muy alto cuando hablaban con los animales. La mujer de Jacobo tenía muy mal aspecto la “cuitá”, decían por lo bajo, y si alguien se acercaba bajaban aún más la voz o se callaban: -¡Vaya usted con Dios!- decían si el que pasaba era un hombre, -¡Con Dios!- si era una mujer y no querían que se acercase, después continuaban hablando y hablando mientras se remetían el pelo dentro del pañuelo negro.